

lugar, que machacaste la cabeza del dragón perverso... Salve destructora de la maldición». San Efrém era un poeta que escribía a mediados del siglo IV. Poco después le hace eco otro poeta, que escribe en el extremo occidental del imperio romano. Es Prudencio de Calahorra, que en su *Cathemerinon* se expresa de esta manera: «Este era el odio antiguo, este era el conflicto insoluble entre el áspid y el hombre, pero al fin los pies de la mujer pisotean a la víbora humillada». Esta interpretación va afirmándose y se generaliza desde que en el siglo VI se impone la versión de la Vulgata: *Ipsa conteret caput tuum*, versión inexacta, si miramos el texto original, pero sustancialmente conforme con el íntimo sentido de la profecía. Un autor anónimo del siglo V, escribiendo una carta que está entre las de San Jerónimo, busca ya las razones, por las cuales debe prevalecer la exégesis mariana. Dice si interpretando el verso en que se habla de las enemistades entre la serpiente y la semilla de la mujer: «No encuentro otra semilla de la mujer sino aquella de que dijo el Apóstol: «Hecho de mujer». Por tanto, en aquella mujer fué ya prometida la madre de Nuestro Señor Jesucristo. «Pondré enemistades entre ti y la mujer». No dice pongo, para que no pensásemos que esto se refiere a Eva. No es la mujer que engendró al fratricida, sino la que nos dió al Salvador. En adelante, apenas encontramos una voz discorde. En la Bula Meffabilis, por la cual declaró el dogma de la Inmaculada Concepción, aunque sin tratar de definir el sentido auténtico del pasaje en cuestión, pudo decir Pío IX: «Por este oráculo divino Dios había demostrado clara y abiertamente, de antemano, al Redentor misericordioso del género humano, y designado, al mismo tiempo, a su bendita Madre, la Virgen María, anunciando de una manera muy señalada la común

enemistad del uno y la otra contra el demonio».

Podemos, por tanto, concluir, que Eva está descrita en el Protoevangelio, con rasgos que convienen ante todo a María, que fué la persona más íntimamente asociado al Redentor en su odio y en su triunfo contra el demonio. Las enemistades anunciadas por Dios se manifestaron ciertamente en Eva y en María; en una y en otra con toda realidad, pero en la primera imperfectamente, en la segunda de una manera completa. La primera madre del género humano, rehabilitada de su culpa, empieza a luchar contra la serpiente, y puede ya ostentar los atributos de María, como aquellos reyes de Israel que, en los Salmos, reciben los elogios y las prerrogativas que de una manera plena corresponderán únicamente al Rey Mesías.

Del linaje de Eva surgen dos figuras: Cristo Redentor, que se levanta con toda claridad de entre la masa de los hombres, y la Virgen María, que aparece como una continuación de Cristo. Más que en su persona se la designa en sus atributos; nos obliga a admitir que Dios al pronunciar este primer vaticinio englobaba con una misma denominación: «la mujer», a dos personas distintas: Eva y María. ¿Cómo conciliar esta conclusión con las reglas de la filología? —pregunta M. Hauret. Y contesta: «El medio más sencillo consiste en reconocer, como acaba de demostrarlo S. Coppens, que en las palabras, que el narrador ofrece como pronunciadas por Dios o por Adán bajo la influencia de la inspiración profética, en otros términos, en las palabras que tienen forma de oráculos y que a este título conciernen no sólo el presente, sino también el porvenir, no se refiere formalmente ni en primer lugar a la esposa de Adán, sino que imprime en ellas una significación general». Los términos «hombre»